

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO XI

✱

BARCELONA 14 DE JUNIO DE 1900

✱

NÚM. 499

## LA PROCESIÓN DEL CORPUS



—Mucho ruido... y pocas nueces.



## MIS MUJERES

### LA GITANA

#### VIII



OBLÓ la cabeza, bien lo ví: no podía yo entonces comprender el daño que había producido mi pregunta; dobló la cabeza sobre el pecho, como si le hubieran dado un golpe horrible: ahora sí, ahora sé que hay palabras que caen como maza sobre el cerebro. Cerrando los ojos, se me representa aquella figura simpática, tipo de dolorosa al carbón, sintiendo la mano ruda de la pesadumbre. Después... ¿cómo copiar la mágica actitud de la pobre muchacha, levantando el rostro mansamente, con trágica expresión de recelo y susto, al oír que insistía yo en mi indiscreto interrogante?

—¿Para el ingrato... desplegabas tanta gracia para aquél?

¿No era esto, Dios, recordarle que en el desamor del hombre querido había infamia execrable, crimen nefando?

¿No era evocar el sueño de la felicidad perdida para siempre?

Pasó una ola muy negra de sangre por su frente, porque ví como se nublaba; en sus ojos brilló un relámpago parecido al que enciende el rayo fragoroso, y su cara se puso hosca, fea de puro lívida. Murmuró:

—¡Para él!... ¡Si tú hubieras visto! Mi entrega fué absoluta; se lo di todo, hasta el último rinconcito del alma. También le dije, leyéndole la mano, que no sería bueno; pero se lo dije riendo, porque entonces estaba yo enamorada, y no creía en maleficios, ¡ay!

Nos hallábamos ya fuera de la población, en la campiña nemorosa, llano fertilísimo, cuya tierra desaparece bajo un oceano de verdor, tan rico y vario en matices, que no puede imaginarse nada tan pintoresco, tan sorprendente y agradable á la par. La gitana escogió un senderito tortuoso, en que muy encogidas ó apretadas cabían dos personas, y que serpenteando, desaparecía de los ojos á menudo. Dábanle de trecho en trecho sombra algunos árboles, y los mil riachuelos que en aquella tierra feliz, tierra de promisión, se entrelazan, grata frescura. Estaba el lugar desierto; á nadie se veía por allí; huían á nuestro paso, asustadas y medrosas, las lagartijas, y los gorriones y pardillos levantaban el vuelo escondiéndose entre el ramaje, desde donde nos dirigían su charla vocinglera y burlona. Había en uno de los recodos, medio ocultos por la fronda, un altozano que escogimos para descansar breves momentos. Pasaban por mi mente las más extravagantes ideas, como arrastradas por aires de tempestad, y en mi espíritu reinaba no sé qué azoradora inquietud. De pronto se detuvo el pensamiento; hizo presa en esta pregunta:

—¿Cómo te llamas? Sí que es raro; no se me ha ocurrido hasta ahora que tienes nombre.

—Vas á reírte,—contestó sacudiendo graciosamente las faldas, sucias de polvo, y mostrando la blanca enagua muy bien planchadita, á pesar de la tragedia anterior y de los estrujones del coche.—Pocos saben que mi nombre es María, porque todos me llaman la Bruja.

—Lo serás para todos, puesto que lo eres también para mí; estoy enfermo, estoy embrujado; ayer no tenía pena alguna; hoy he pasado rápidamente del más grande alborozo á la tristeza más profunda.

Y diciendo esto, hundía mis dedos en su cabellera negra, abundante, finísima, cuyo desaliño añadía encanto y hermosura á la tez tostada por el sol.



Dicen que soy bruja porque cautivo á las gentes, las duermo, las hago obrar maravillas y las sujeto á mi voluntad. El viejo que me servía de padre me llamaba Esther.

Después, levantando la cabeza y fijando en mí sus grandes ojos llenos de dulzura, añadió:

—Pero ese don que yo tengo, jamás lo empleé para hacer daño á nadie. Los otros me hacen mal á mí. Dicen que me lo ha dado el demonio: yo no lo creo. Estas cosas tan grandes vienen de Dios.

No repliqué palabra, porque aun cuando resonó la suya en mis oídos, no hirió inmediatamente el cerebro: mi imaginación estaba distraída y mis manos continuaban acariciando inconscientemente sus cabellos. Se me escaparon de la boca estos conceptos:

—Sí, tú debes llamarte Esther... Nó, es más bonito María y más dulce, y también digo que estás llena de gracia y que te amo. Mira lo que pienso: ¿por qué no había de haberte hallado yo antes cuando corrías alegre y libre por esos mundos? O si no, ¿por qué no había de representártete á los ojos en figura de tu don Enrique hasta que te rindiera mi cariño y vieras que era más fino, más intenso y de más alta ley? Mejor sería otra cosa: que, pues tú quisiste matarte y caíste bajo los caballos y te desmayaste, en aquel punto con el sentido se te hubiera marchado ese querer tan fuerte, que es ya locura insensata. Bien conozco que no me

VIENDO PASAR LA PROCESION



—¡Miradle!... ¡Arturito!

—El que la otra noche bailó un zapateado sobre la mesa del Kurda-Club...

—Y ahora... con el cirio en la mano. ¡Cómo está la sociedad!...





—¿Interpretar el lenguaje de las cartas? Es coser y cantar. Van ustedes á verlo.

los vuestros, y cada cosa tira, como es justo. Me había enamorado de aquel mirlo, poco antes, y me lo quisiera llevar; pero aunque lo alcanzara, él por su propio consentimiento no estaría junto á mí, y si le abría las puertas de su prisión, se escaparía por los aires. Son cosas muy tristes, que antes no las sabía ó no pensaba en ellas, pero es justo, es justo.

Volvió á trabarme el brazo y á tirar de mí, como si me arrastrara. Continuó su charla graciosa:

—Tú te irás, luego, mañana, otro día; pero te irás: no podré retenerte. Vale la pena de que te alejes pronto: *esto* quedará en tu alma como una historia que nos ha gustado. Esther se irá apagando, sin apagarse del todo, como la luz del sol cuando obscurece.

—¿Quieres, pues, que me vaya ahora mismo?

—Nó. Nada de lo que estoy diciéndote es lo que pensaba hablar. Es otra cosa que se me ha ocurrido oyendo al pájaro... tampoco; oyéndote á ti. Si tú te quedas, no podemos ser amigos. Los hombres y las mujeres no pueden ser nunca amigos solamente, cuando están cerca y se ven constantemente. Si están lejos, sí. Podemos querernos de esa manera, acordándonos uno del otro, pensando el uno en el otro y mandándonos el pensamiento á través de la distancia. ¿No crees tú que pueda mandar uno el pensamiento al ser que ama?

—Sí, lo creo.

—¿Y crees que llega hasta él?

—Sí, lo creo. Pero si me condenas á pensar en ti todas las horas del día, me condenas á un martirio horrible.

puedes amar, y que yo ya no puedo echarte de mis espíritus; te has entrado por ellos y los tienes en arrobo: te has aposentado en mi corazón: te veo y te siento dentro de mí. No eres, nó, María, ni Esther. Eres bruja. Bruja quiero que seas. Bruja te llamaré.

Irguióse María bruscamente, como asaltada de un grave pensamiento que hería su pasividad. Estuvo atenta al canto de un mirlo que saltaba entre el ramaje de un arbusto en flor. Agarrándome por un brazo, dijo cariñosa:

—Andemos.

Y sin soltarme, caminamos breve trecho senda abajo, senda abajo, silenciosos; parecía que daba vueltas á una idea en su imaginación sin acertar cómo la pondría en libertad. Por fin, plantóse en un claro de los árboles donde el camino dejaba más holgura:

—Pues yo te digo que se puede amar sin amar... vamos, ya me entiendo. Está bien claro que tú te irás con los tuyos, como el otro. No puede ser, no puede ser: los míos no son



—Ya verás que nó, y si me engaño, y es verdad que se te ha metido el amor tan adentro de la entraña, te autorizo para que vuelvas á buscarme... con una condición. Júrame, por lo que más quieras, que no obrarás por vano capricho, que no vendrás si no es cierto que la tristeza te mata y no puedes resistir la murria.

—Lo juro.

—¿Por éstas que son cruces?—añadió juntando y apretando los dedos de ambas manos.

—Por esas y por éstas que son cruces también.

—Si así lo haces, si no abusas de mi ofrecimiento, yo estaré pronta al sacrificio de mandar á mi voluntad que olvide, y á mi corazón que ame. Ahora ven conmigo á la Alfarería. Visitarás el rancho y comeremos juntos, y después regresarás á la ciudad. Te consentiré que al separarnos me des un beso.

¿Y cómo no obedecerla? ¿Cómo no respetar los mandatos de aquella criatura adorable, que defendía como cosa

inmaculada la pureza de su dolor, y la constancia en su cariño engañado? Afortunadamente, aquella edad mía era la edad del entusiasmo febril, de los arrebatos locos, ciertamente, pero también la edad de todas las generosidades y de todas las abnegaciones: la edad en que el corazón se inflama y en que, al mismo tiempo que valiente, puede ser santo: la edad en que no se ha proyectado sombra alguna sobre la conciencia, y en que florece la vida abriéndose á las caricias de la luz, como la primavera en los campos.

Media hora después estábamos en la Alfarería, arrabal casi oculto en la fronda, mezquina agrupación de casuchas, donde se cobijan algunos israelitas, muchos gitanos de los que andan corriendo aventuras y tienen hasta cierto punto condición social, y no pocos mineros de la sierra próxima. Es un barrio pintoresco por lo abigarrado del gentío y la multiplicidad de costumbres, en seres que presentan una vistosa indumentaria de harapos. En los alrededores acampan, abriendo telas de lona, obstruyendo la tierra de carros, la gitanería nómada, húngara las más veces.

En el instante de que hablo, había dos rancherías, una la de Esther, otra la de un austriaco llamado Sholz.

Parecía un campamento de dos ejércitos reducidos, en vísperas de batalla. Veíanse grupos de mujeres, las más desgarbadas y sucias, negras, espulgando á sus chiquitines. Criaturas mocosas, medio desnudas, descalzas todas. Aquí hombres tendidos al sol sobre el duro suelo, barbilampiños unos, afeitados otros; allá hombres de cara enjuta y luengas barbas remendando calderos. Al entrar en el rancho, se produjo un movimiento indescriptible; la granu-



—Se cogen las cartas, y hala, hala, hala... se peinan con mucha naturalidad.



## La Saeta

jería gitanesca nos rodeó, éstos pegándose á las sayas de mi amiga, aquéllos tirándome á mí de los pantalones y diciendo: «¡una perrical!» Viejas y jóvenes se pusieron de pie dando muestras de franco regocijo. Gritaban unas «María,» otras «Bruja, Brujita, Brujona,» formando extraño coro. Incorporóse un mozalbón y dijo con ternura: «¡Esther!» Vino un viejo con los brazos abiertos, y preguntó:

—¿Ha concluído aquello, verdad?

María repartió mogicones, pellizcos y besos á los monicacos, y atendió á todos con gentil donosura. Hablaba como reina cariñosa á sus vasallos, sin que la llaneza desmintiese su majestad; y tan cierto que la miraban como ser superior, que nadie dió muestras de fijarse en mí. Mandó ella que prepararan comida abundante, la mejor que tuvieran, para obsequiar al caballero que le daba escolta, y «á quien debía el no haber muerto la noche anterior como un *perro arrastrao*.» Bastó esto para que me viese colmado de zalamerías y atenciones. Libróme la gitana llevándome al patio de un caserón, que era su *palacio* por lo que supe después.

—Sí que te quieren,—le dije.

—Mando en ellos; los domino, los sujeto. Los que salen díscolos, tienen que doblegarse á mi voz: si ellos son bravos yo lo soy más. No quiero que empleen sino aquellas artes lícitas de natural engaño para ganarse el pan. A los que van á la cárcel por robo, después los castigo yo. Nadie resiste mi mirada. Vas á verlo.

Y asomándose á la puerta gritó:

—¡Eh, tú, Ginés, Ginesillo!—Acudió dando saltos un mozo alto, seco, canijo:

—¿Pero no se te cae la cara de vergüenza de estar tan espatarrao? Ni siquiera me has dicho «buenos ojos tienes.»

El gitano avanzó tambaleándose y con la vista clavada en el suelo.

—Mírame, ¿no te parece que son bonitos mis ojos?

Obedeció Ginés; levantó la cara, y por raro que parezca lo que digo, le ví primero atontado y en seguida humillar el rostro, como cuando miramos al sol y nos deslumbra, y luego caer postrado, de bruces, murmurando: «¡Esther!» La gitana puso una mano sobre su cabeza, y se entabló este diálogo:—¿Ves á este caballero?—Sí.—Se marcha.—Nó.—Se marcha.—Sí.—¿Cómo? ¿Por dónde? Dilo.—Ahora por el sendero estrecho... ahora monta á caballo... ahora le veo en la sierra... ahora baja al valle... ahora se detiene delante de una puerta cerrada.—Fíjate bien.—Está obscuro.—Fíjate.—(Contracción nerviosa en el interpelado.)—No puedo.—¡Fíjate!—Es

### LECCION DE CARTOMANCIA —3



—Luego se saca una, cualquiera. ¿Oros?... Dinero en perspectiva.



una casa blanca, la más alta; tiene dos pisos; hay enredaderas desde los balcones al terrado...»

—¡Mi casa!—grité sin poder contenerme.

—Levántate, pues,—añadió María, retirando la mano de la cabeza. Y Ginesillo se restregó los ojos, nos miró con mirada estúpida, se incorporó un momento, dió un salto y se alejó salvajemente, corriendo.

—¡Eh, diablo, Ginesillo!—volvió á gritar la Bruja.—Vete á poblado: dirás á don Ramón que estoy aquí.

—¿Qué don Ramón es ese?—pregunté con voz emocionada.

La gitana sonrió; hizo comparecer al viejo que la abrazó cuando nos presentamos, y le interpeló así:

—¿Cómo andan las cosas? ¿mal?

—Muy mal; si tardas, yo no hubiera podido contener á esa gente.

—Ya he dado órdenes; mañana vendrán los caballeros... y las señoras.

—Ya entiendo,—dije entonces;—te vales de tu brujería para mantener á los tuyos.

—Y para evitar que sean malos.

Después de la comida me acompañó hasta la mitad del camino. Había caído ya sobre la tierra la sombra de la noche. Las estrellas reverberaban en el azul de los cielos.

—Ya has visto—exclamó—cómo el destino marca que nos separemos. ¿Y sabes por qué? No puedo yo amarte, ahora. ¿Me quieres? Tómame. La soledad y el abandono te brinda, yo me entrego. Te debo gratitud, te debo la vida; pero no sabré amarte, ni quiero volver á amar aún. ¡Para sufrir de nuevo el abandono! ¡Para verme otra vez á los piés de los caballos, sin una mano generosa que me salve! Porque yo te digo que estas penas, que ojalá Dios no las sufras nunca, son patas tremendas que nos aplastan.

Abrí los brazos, la estreché con ternura, y apartándome violentamente, dije:

—¡Adiós! ¿Seremos amigos?

—Más que amigos, adiós.

Y así terminó aquel idilio de algunas horas, sin un beso torpe, sin mácula de pecado, sin un pensamiento ruin...

Solo, abandonado en la inmensa quietud de la naturaleza dormida, ahogué mis pensamientos rebeldes con impulso enérgico de dulce piedad.

Fin de *La Gitana*.

J. F. Luján

LECCIÓN DE CARTOMANCIA.—4



—Otra carta. ¿Copas? Señal infalible de juerga.



## LA YANIDAD DE BALZAC

El ilustre autor de *La comedia humana* murió en 1850. Ha transcurrido, pues, el medio siglo de duración que las leyes francesas conceden á los derechos del autor, y las obras de Balzac son desde la fecha del dominio público.

Con este motivo el nombre del famoso hijo de Tours ha vuelto á ser puesto sobre el *tapete*, y se ha hablado largo y tendido respecto de sus grandes cualidades y sus no pequeños defectos.

Balzac, al par que una maravilla de imaginación y un pintor sagaz y profundo de las pasiones humanas, fué tal vez el ser más vanidoso que haya existido. Su vanidad literaria, especialmente, no tenía límites. Considerábase el escritor más popular y más querido de Francia y del mundo, llegando á imaginarse á todo el género humano con los ojos fijos en él, los editores aguardando ansiosos sus cuartillas, el público esperando frenético y sin dormir la aparición de una de sus novelas.

Y lo mejor es que no se reducía á pensarlo, sino que lo decía y lo creía de buena fe. Este es el lado simpático de su vanidad inconmensurable. En ella no había *pose* ni fingimiento ninguno. Su candor de niño le hacía considerar muy natural que los franceses le admirasen y que el mundo entero repitiese su nombre con supersticiosa adoración.

Cuando se ponía á hacer castillos en el aire, que era todos los días, su portentosa fantasía forjaba cálculos inverosímiles, que él tomaba por hechos reales y ya consumados.

—La obra que acabo de empezar á escribir—decía, por ejemplo—será un exitazo. Se venderán de ella... tantos miles de ejemplares y yo ganaré... tanto.

—No te hagas ilusiones,—le replicaba su hermana, Mad. Surville:— escribe, y no divagues.

—¿Cómo divagar? Ganaré lo que te digo, y además hay que contar lo que me producirá el derecho de traducción á los idiomas extranjeros.

Y á continuación añadía con el mayor aplomo:

—Lo que no sé es cuánto pediré luego por la segunda edición y por la tercera...

¡Y apenas tenía escritas dos docenas de cuartillas!

Hay que reconocer, no obstante, que escribía con facilidad, facilidad que él exageraba tan fabulosamente, que en cierta ocasión, saliendo de una cita amorosa, como se encontrase en la calle con Paul Lacroix, díjole, lamentando el tiempo gastado en aquel devaneo:

—Acabo de perder dos tomos en octavo.

Conversando con él, era muy frecuente verle de pronto interrumpir el diálogo y exclamar con desconsuelo:

—Pero ¡qué estoy haciendo, monstruo de mí, infame! En vez de malgastar, hablando, unos minutos preciosos ¿no sería más razonable que estuviese escribiendo y cumpliendo mis compromisos?

Y vuelta á hacer cálculos sobre lo que podía haber escrito durante aquellos «preciosos minutos», lo que le habría producido de momento y lo que le habría redituado después...



—Otra. ¿Espadas? El militar *aquel* va á declararse





—La última. ¡Bastos!.. ¡Malorum signum! A comprar árnica enseguida. La paliza es segura.

podido evitar un movimiento de sorpresa al saber que tenía el inmenso honor de servir al señor de Balzac.

—¿Qué! ¿Pero tú le conoces?

—¡Ya lo creo! He leído sus novelas.

Nunca—decía Balzac al referir este suceso—ha llegado á mí en forma más bella y embriagadora la gloria literaria. Sentí un desvanecimiento inexplicable viéndome objeto de aquel entusiasmo por parte de un pobre sirviente ruso, y jamás he podido olvidar tan deliciosa sensación de amor propio satisfecho.»

Esta es, como hemos decho, la primera parte de la anécdota. Ahora véase la segunda.

Al morir, muchos años después que Balzac, el príncipe Nadylof, se publicaron las *Memorias* de este magnate ruso, y en ellas se encuentra descrito el caso del convite en la forma siguiente:

«En uno de aquellos días tuve el gusto de ver en mi mesa al ilustre francés Balzac, que acababa de llegar de Moscou.

El novelista estaba hondamente triste, y su esposa me confesó que lo que ocasionaba su tristeza era el observar que en los círculos de nuestra capital, su nombre, tan conocido en Francia, no excitaba la curiosidad ni el interés. Nadie, excepción hecha de un centenar de personas, conocía en Rusia á Balzac.

—Tranquilícese usted, señora—le dije—yo pondré de buen humor á su esposo.

Efectivamente, antes de la hora de la comida, llamé á Pedro, mi mozo de comedor entonces, uno de los farsantes más grandes que he conocido.

Pedro, debidamente preparado por mí, dejó caer al suelo, al pronunciar el nombre de Balzac, el plato que servía á mi amigo, y declaró que su entusiasmo provenía de que había leído las obras del gran novelista cuyo nombre acababa de oír inopinadamente y cuya presencia allí le transtornaba.

¡Un niño, grande sin duda, pero siempre un niño! Tal era el insigne padre de la novela moderna.

Esa vanidad extraordinaria le proporcionó, entre otras, una divertidísima aventura, cuya relación hallamos en una publicación antigua, y de la cual Balzac refería la primera parte, la única que él sabía, pues el gran escritor murió sin llegar á conocer el final, que es precisamente lo más interesante.

—Estando en Rusia—decía el autor de la *Fisiología del matrimonio*—fuí invitado á comer en casa del príncipe Nadylof, gran admirador mío y muy aficionado á la literatura francesa.

A la mitad de la comida, como observase el príncipe que yo, á pesar de mi escaso apetito, había comido con gusto de uno de los platos, dijo al criado que servía á la mesa:

—Sirve otra vez al señor Balzac.

El criado, en vez de servirme, dejó caer al suelo la fuente, que se hizo pedazos.

Volvímonos todos hacia él y lo vimos mirandome á mí con indecible expresión de asombro y admiración.

—¿Qué te pasa?—le dijo el príncipe.

—Perdón, señor, pero no he



## La Saeta

Quedó tan encantado Balzac de aquella comida, que estuvo alegre como un niño durante quince días, convencido de que su nombre y sus obras eran populares en Rusia.

El taimado Pedro recogió los frutos de su consoladora burla, pues siempre que Balzac visitaba mi casa le gratificaba, y hasta le dedicó una colección completa de sus novelas. Pedro no las leyó nunca, porque no sabía una palabra de francés.

Verdad es que tampoco sabía leer.»

La broma, juzgandola con un poco de indulgencia, es ciertamente graciosa; pero sospechamos que más gracioso hubiera sido oír á Balzac, herido en su fibra más sensible, si por casualidad llega á enterarse de ella.

ADOLFO PALMA



## ADÚLTERA

Yo fuí el primero que llegó á su lado;  
le encontré con el rostro ensangrentado  
y con el noble corazón inerte,  
y llorando, leí lo que decía  
en los versos que copio, y que tenía  
en sus manos, crispadas por la muerte.

«Ven, acércate más, no temas nada;  
alza altiva la frente y la mirada  
y cuéntame en secreto tus amores;  
quiero escuchar de tus perjuros labios  
la amarga relación de mis agravios,  
de mi oprobio y tu amor y mis dolores.

»Ven y cuéntame, ingrata, los motivos,  
los mil embriagadores incentivos  
que te hicieron dejar el nido á solas;  
quiero ver ese mar pérfido y hondo  
de cieno y de placer, y ya en su fondo,  
mover sus fangos y contar sus olas.

»Ven y no temas que tu voz altere  
el desgarrado corazón que muere  
ál ver tu inesperada villanía;  
pasó la tempestad ya por mi alma,  
y tras la tempestad vino la calma,  
y vino tras la calma la atonía.

»Ven, y no temas, pues; ven á mi lado,  
flor la más bella de mi Edén soñado,  
sueño el más dulce que forjó mi mente,  
luz que otro tiempo iluminó mi vida;  
deja que sangre la ircurable herida  
y mírame un segundo frente á frente.

»Explícame el terrible cataclismo  
que ha logrado arrojar en el abismo  
al ángel, rotas las etéreas alas,  
que al ídolo más santo de mis lares  
por siempre desterró de sus altares  
y hundióle en lodo y profanó sus galas.

»Mas no llores, y piensa que tu llanto  
pudiera marchitar todo el encanto  
de tu pálida faz, donde adivino  
de extraños besos la indeleble huella:  
¡que hay besos que al pasar, cual la centella,  
van marcando con fuego su camino!

»Yo ya muy pronto dejaré de verte;  
pronto, muy pronto, sellará la muerte  
la página postrera de mi historia;  
pronto, muy pronto, dejará el destino  
un reguero de sangre en mi camino  
y un reguero de sangre en tu memoria.

»Adiós, pues, para siempre; tú desatas  
mi fatal existencia, tú me matas,  
es tu traición lo que mi vida trunca;  
mas no puedo, mujer, dejar de amarte,  
y pudiera llegar á perdonarte,  
y yo no quiero perdonarte nunca.»

\*  
\*\*

¿Hizo bien en morir?... No sé; lo cierto  
es que la hermosa que adoró aquel muerto  
aun en los brazos del amor se engríe;  
y que siempre que pasa por mi lado,  
sabiendo que conozco su pasado,  
me mira, me saluda y se sonríe.

ARTURO REYES



SAL ANDALUZA



De las salinas sevillanas.



## Otra noche de bodas

Gabinete. Mesa escritorio, donde escribe ÉL, hombre que está si araña ó no araña los cuarenta años, aunque los disimula. Sillería cursi. Una gran caja de guardar caudales; oleografías con marco negro por las paredes. Por la puerta del fondo, entreabierta, se descubre la alcoba donde ELLA, mujer joven y simpática, alegre, acaba de desnudarse y meterse en el lecho. Pausa larga.

**Ella.**—Martín... ¿quieres hacer el favor de traerme la redecilla que he dejado sobre tu mesa?

**El** (*haciendo lo que le encargan*).—Tres... quedamos en que son tres, y debieran ser cuatro; porque de nueve, quien quita cinco, se queda con cuatro. ¡Y no salen más que tres!

**Ella** (*levantando los brazos desnudos para arreglarse el pelo*).—¿Qué letanías son esas?

**El** (*volviéndose sin darle un beso, al escritorio*).—Calla, mujer, no aparece por ninguna parte ese maldito duro, y yo no me acuesto jamás sin dejar en regla los negocios del día. No podría dormirme.

*Otra pausa.*

**Ella.**—¡Martín...!

**El.**—Uno, uno y medio... ¿qué quieres?

**Ella.**—Que ahora que me acuerdo, ese duro lo

dejé yo en la cómoda, ¿sabes? con otros nueve para... pues para tener diez duros; cuenta redonda, no me gustan los picos.

**El.**—Pero hija, si no se trata de un duro efectivo, sino de otro que yo he gastado y no está en casa ni resulta por ninguna parte.

**Ella.**—Es natural, si lo has gastado ¿cómo quieres hallarlo?

**El.**—Quiero hallarlo en la cuenta, entre los números.

**Ella.**—Vas á acostarte con mucho dolor de cabeza. La jaqueca no te dejará descansar. Mañana, con el fresco, descubrirás á ese pícaro oculto en cualquier desván de tu imaginación.

**El.**—Nó, nó, déjame: estoy nervioso. Seis al Cerezo, nueve al... ¿Nueve y seis? Digamos nueve, diez, once, doce, trece, catorce y quince.

**Ella.**—Hombre, Martín, cuenta bajito, porque no voy á pegar los ojos.

**El.**—Pero hija, si yo no quiero que te duermas.

**Ella.**—Pues ven.

**El.**—Ahora. Déjame que ponga en claro este lío; tengo que hacerte algunas recomendaciones y advertencias. (*Otra pausa, más larga aún*).

### IMPRESIONANDO UN CILINDRO FONOGRAFICO



—Para eso, nadie tan indicado como Villaverde. ¡Qué impresión más profunda y duradera, si, por ejemplo, el hombre dijese: «Cada fonógrafo pagará de contribución cincuenta duros al año!»



**Ella.**—¡Martín...!

**El.**—¡Demonio, no acabaré en toda la noche!

**Ella.**—Es que anda todo un enjambre de mosquitos zumbándose en las orejas con su ruido infernal. Haz el favor de espantarlos y de cerrar la alcoba.

**El (gozoso).**—Ya está... ¿Un duro que dí al sacristán de San Ginés para que gratificara á los padrinos? ¿como no tengo costumbre de dar propinas!

*Ata un legajo de papeles. Se levanta, abre la caja de caudales y saca dos cestitas llenas de papeles y de oro.*

**Ella (suspiro de satisfacción).**—¿Ya?

**El.**—Un minuto.

*Otra pausa.— Cuenta despacio el caudal; por fin lo deja todo en orden; cierra su tesoro; registra con la palmatoria los rincones; examina puertas y ventanas; entra en la alcoba y levanta la cubierta para ver si hay alguién escondido bajo el lecho; deja la luz sobre la mesita de noche; arrima una butaquita y se sienta; lía un cigarrillo y lo enciende.*

**Ella.**—¿Cómo? ¿vas á fumar aquí dentro?

**El.**—Sí, tenemos que hablar. Yo fumo antes de acostarme y por las mañanas en cuanto abro los ojos; son los dos cigarrillos que más bien saben.

**Ella (sentándose con mucha coqueteria en la cama).**—¡Pues á mí me incomoda el humo!

**El.**—Ya te irás acostumbrando.

**Ella (enfadada).**—Eso es incalificable, no tiene nombre. Es una grosería. No me acostumbraré.

**El (frunciendo las cejas).**—Malo, malo: ¿qué lenguaje es ese? ¿No sabes que el marido ejerce autoridad paterna? No me gusta que nadie se me insubordine; por menos pongo yo de patitas



en la calle á un dependiente.

**Ella (asombrada).**—¿Me comparas con tu servidumbre? ¿Soy yo otro dependiente más?

**El (severo).**—Sí, hija mía; un dependiente de otro orden, pero dependiente al cabo, puesto que me debes respeto y sumisión: de todo eso quiero hablarte; á mí me gusta cada cosa en su punto, y orden, mucho orden; sin eso no es posible la paz conyugal. Mucho orden ¿estamos? mucho respeto á los poderes constituidos. Otro habría dejado estos consejos para mañana, sin pensar que sentaba un falso precedente; la experiencia me ha demostrado que los precedentes son fatales. Es preciso que sepas á qué te obligas y cuál es la línea de conducta que...

**Ella (recostándose y cubriéndose hasta los ojos).**—No te molestes y déjame dormir; salte fuera y escribe ese código para que me lo aprenda de memoria.

**El.**—Malo, malo. Ni yo sé escribir, ni tolero imposiciones.

**Ella (volviéndose de espaldas).**—Habla.

**El.**—Bueno, transijamos. Habrás observado que soy muy metódico; el hombre debe ser metódico, la mujer económica; la economía es la ciencia de la... mejor dicho, del ahorro; donde no hay ahorro, hay despilfarro, trampas, disgustos: de modo, que la economía es la ciencia de la dicha doméstica. ¿Me has entendido? (Silencio). Corriente. Otro punto. Debes madrugar todos los días; en la mesita encontrarás cada mañana un duro; irás á la compra, anotarás en una libreta los gastos; tanto de arroz, tanto de... etcétera. ¡Ah! Antes me habrás dejado una muda limpia, desde el camisolín hasta los calcetines. ¿Te haces cargo? (Esta vez el silencio se interrumpe por un ronquido estrepitoso, horrible). ¿Te has dormido? ¡Ah! Pues no transijo, me acuesto fuera para que al despertar comprendas que soy inflexible. Buenas noches.

*Sale, cerrando con furia la puerta tras sí.*

**Ella.**—¡Gracias á Dios! ¿Esto es noche de bodas, santo cielo?

GUILLERMINA STOCK



# DE LA PEÑA

POR UNA COLECCIÓN DE CHICOS LISTOS, AUNQUE GUASONES

**H**as leído el *Bello Académico del Bosque*?

—¿Quién es ese ilustre botánico?

—¡Anda, salero! ¡Sí que estás fuerte en floricultura literaria! Ni que fueras el P. Blanco García. El *Bello Académico del Bosque* es *Madrid Cómico*.

—Eso, además de un chiste trasnochado, tiene poca gracia.

—Para que veas cómo estás de noticias; ahora, de lo que no parece divertido, se dice que tiene poco *saliente cómico*. Claro que es un disparate como cualquier otro, pero ya ves; cuando uno no escribe, ni sabe escribir más que correspondencias pasadas por agua, no está obligado á andarse con retóricas. ¿Qué dirían los anónimos si uno no demostrara con frases así que tiene autoridad para corregirles? En fin, declara como si estuvieras delante del juez: ¿ha llegado á tus manos ese papel volador?

—Sí, yo no poseo esa hermosa cualidad de las damas, que consiste en disimular con fría indiferencia lo que conocen al dedillo. Demostrar que no nos enteramos de lo que mortifica ó apabulla, es sólo ciencia de mujeres.

—Dí que es inocente, infantil, del género tonto más subido.

—De todos modos, no entiendo la pregunta.

—¡Ira de Dios! Entonces no leíste la correspondencia, que es, nó un saliente ni un entrante, sino todo un *obtusos*...

—¡Y cómo que la leí! Tanto, que no puedes imaginarte la risa que me acometió al enterarme de que la *bilis procede*... Vamos, una especie de aerolito que se nos ha caído encima sin saber de donde.

—Haces bien en burlarte. Eso no sólo es barbarismo de los que tumban de espaldas á todo un Rueda, pero herejía científica. ¿Y qué me cuentas de aquel chiste tan fino, tan original y tan ocurrente, como es el de que la *bilis* no sólo proceda, sino que ladre á la luna?

—Pues te cuento varias cosas: que ese señor *rotatorio* (no me atrevo á llamarle *rotativo* para que no diga que me burlo), se conoce que anda por los espacios interplanetarios de la fatuidad; que desde tan inconmensurables alturas no distingue lo que pasa por aquí; que ha creído cómodo y expedito defenderse de un ataque en regla con una patochada y contestar á una lección tan dura como merecida, confirmando que su educación está á la altura de su talento y de su suficiencia, y en fin que no vale la pena de ponerse serio ni de ocuparse más en el asunto.

—Tienes razón. Son atroces estos genios improvisados.

—¿Sabes tú quién es?

—Sí, un literato *cunero*... encasillado á espaldas de la gramática; por eso se mete á crítico y habla de *salientes* y se mete á naturalista y asegura que *nuestra bilis no procede* de él.

—¿Cómo se llama?

—Se llama... espera que lo recuerde. Don José de la... En realidad podría y debería dejarle anónimo, como hizo Clarín con otros personajes; pero quiero tener más indulgencia que el ilustre escritor. Después de todo, ni hablando ni sin hablar de él saldrá de su apoteosis. No hay á cada paso un P. Blanco García para remedio de implumes. Se llama don José de la Loma.

—¿Don José de la Loma?... ¿Don José de la Loma? Sí, el apellido es *saliente*, pero... ¿de dónde *procede*?

Literariamente hablando, por supuesto. ¿De la China? ¿Don José de la...? ¡Bah!

\*\*

En Francia la han dado contra

los toros, ese espectáculo viril que, según la Pardo Bazán, prueba que los españoles somos y debemos ser valientes, hombres de armas tomar y no comer á manteles, como el Cid y como Don Quijote.

Un diputado de la nación se encara con el Gobierno y le dice que no debe tolerar semejante salvajismo á las puertas de París, después de congregarse á las naciones para que asistan á la fiesta de la nación.

¡Aprieta! ¿Qué dirán nuestros Cúchares del género chico?

Y el Gobierno francés se dispone á ejercer de sastre... digo, á tomar medidas.

Se le prepara á la afición un golpe tremendo y rudo.

En cambio, aquí lo entendemos de otra manera: los toros están prohibidos por una pragmática que duerme el sueño de los legajos, pero se toleran.

Bueno; pues aquí hasta la prensa, que debe mantener el fuego sagrado de la cultura, organiza funciones taurómacas.

Y para mayor aliciente, sortea la muleta y el estoque de cualquier diestro.

¿No habrá un diputado que se indigne y que levante la voz, quejándose de que en Francia se califique de bárbaro y salvaje el espectáculo ese?

Porque esa acusación cae de rechazo sobre nosotros.





## MOZAS CRÚAS



—¿Le conoces?

—Yo lo creo. Es aquel tipo que se empeñaba en amarme eternamente... por dos ó tres semanas.

## LOCOS Y CUERDOS

**P**OR mi lado, en la calle, pasó una mujer del pueblo de mediana edad, con la cara expresiva, cantando alegremente.

Otra mujer más joven, también del pueblo, exclamó: —¡Pobre!

—¿Por qué?—preguntó un obrero que pasaba al mismo tiempo.

—Porque está loca,—contestó la interpelada.

—¿Loca? ¿Y por eso la compadece? Pues nosotros los cuerdos somos más dignos de lástima... Todo el mundo es de ella.

Yo seguí mi camino después de mirar al obrero, vivamente impresionado por sus palabras.

Era un hombre joven, pálido, de mirar lánguido y triste, como si en su interior existiera algo que le agobiara, que le tuviera aherrojada el alma con tenazas de hierro.

Si impresión me habían producido las palabras del menestral, más efecto produjo en mí aún su aspecto, y todo, en suma, contribuyó á sumirme en hondas reflexiones.

¿Tendrá razón, acaso?—pensé.—¿Serán más felices los locos que los cuerdos, y por lo tanto, más dignos de lástima nosotros que aquéllos? En verdad, había tal filosofía en las frases del hombre, dichas con la sencillez del que habla porque siente lo que dice, porque le sale de adentro, que me dió frío, sentí algo así como horror á estar cuerdo, envidia de la pobre loca que pasara cantando alegremente por mi lado. Y pensando esto, una tristeza insólita me invadió.

Los locos,—pensé luego,—apartados por completo de este ambiente social que nos rodea, no conciben las maldades, las perversidades que en él existen, no ven el lodo que lo mancha todo y que todo lo corrompe, aun lo más sagrado; no pueden llegarse á imaginar que esta



## La Saeta

quietud en que vivimos los demás es sólo aparente, superficial, puramente exterior, y que ahondando algo en lo que hemos dado en llamar «sociedad,» no se encuentran más que convencionalismos, efectos de relumbrón, mentiras, y que todo se traduce por el *qué dirán*. Este mundo es un jardín rodeado de plantas hermosas, lozanas, cuajadas de flores de colores brillantes y de perfume embriagador y en cuyo interior no hubiera más que espinas y plantas venenosas; un edificio de fachada artística, de inconmensurable mérito, flamante y por dentro deshabitado, sucio, lleno de telas de araña, de sabandijas, lagartos é insectos asquerosos. Esto es el mundo nuestro, el mundo de los cuerdos.

Algunos, los que no paran mientes en considerar la filosofía que entraña lo que vemos, me creerán pesimista, escéptico, y para ello echarán mano de argumentos como éste: «El amor, la amistad, cuando son verdaderos, son hermosos.»

Y yo les contesto: el amor es una forma de egoísmo; la amistad, suponiendo que sea verdadera, desinteresada, es una especie de contrato bilateral, que se rompe por la cosa más ínfima, menos importante.

Y queda destruído el argumento.

En el mundo de los locos no existe nada de estas cosas; no deben existir por lo menos, y claro que no pueden, por lo tanto, ser desgraciados sus habitantes por estas causas. Ellos, por otra parte, alcanzan lo que quieren ó creen haberlo alcanzado y viven felices creyéndose reyes, potentados, hijos de la luna, novios de la mujer ideal que se han forjado en su mente y que acaso sea la causa determinante de su locura, etc.; y aún cuando vean desarrollarse escenas tristes á su lado, como no comprenden lo que es ni lo que significa aquéllo, no les produce efecto alguno.

Recuerdo con este motivo que en uno de mis viajes hubo necesidad de depositar en el mar el cadáver de uno de los pasajeros. La ceremonia fué solemne, triste y silenciosa; la presenciábamos todos descubiertos y sobrecogidos de espanto al pensar la tumba enorme que iba á alojar el

cuerpo del pobre pasajero; y en medio de aquel silencio verdaderamente de muerte, hirió nuestros oídos la voz destemplada y sarcástica de uno que á mi lado entonaba una canción alegre. Yo le miré, le miramos todos; algunos protestaron de la irreverencia, y los demás dijimos: —Dejarle, está loco.

Aquel loco no sentía lo que nosotros sentíamos, no sufría; era, pues, feliz en aquel momento.

Y pensando todo esto, mientras seguía mi camino, llegué á convencerme de que el obrero tenía razón: los locos son más felices que los cuerdos.

Pero de pronto me asaltó una duda. ¡Quién sabe si lo que creemos felicidad es en ellos pesadumbre!

Y procuré apartar de mí estos pensamientos, porque entonces volví á sentir horror á la locura...

CARLOS RÍA-BAJA



—Broma, la que quieran,  
pero luego, ¿estamos?,  
mucho cuidadito  
con mover las manos.



PARA MUESTRA...



Una inquilina del paraíso de Mahoma.



# ¿Hay oro en España?

I

Por más que algunos Jeremías se empeñan en asegurar lo contrario, en España hay oro, y no en pequeña cantidad. Habrá desaparecido de nuestra vista, se habrá ocultado; pero de que existe, no cabe duda alguna.

Los que de ello deseen convencerse no tienen más que hacer que llegarse al Banco de España y solicitar del señor Gobernador el permiso para visitar las cuevas donde se guardan las existencias en metálico de nuestro primer establecimiento de crédito. Allí, á la vista de aquellas interminables estivas de sacos repletos de metal amarillo, sentirá el visitante la impresión de la realidad y adquirirá la seguridad absoluta de que «en España hay oro.»

¿En qué cantidad? Eso es lo que vamos á explicar al lector de una manera gráfica é inteligible aun para los espíritus más refractarios á los números.

Según el último balance del Banco, su existencia en oro, despreciando un pico que no es moco de pavo y que para nosotros quisiéramos, se eleva á la seductora suma de 342 millones.

Tréscientos cuarentidós millones... ¡Y bien! ¿Qué representa esta inmensa cantidad de metal aurífero, considerada como peso, como bulto, como mercancía?

Supongamos—que no es poco suponer—que el Gobernador del Banco les dice á ustedes: —Si este oro les seduce, pueden llevárselo.

Aceptada, naturalmente, la oferta, se apresuran ustedes á buscar mozos de cuerda que inmediatamente, no sea que el Gobernador se arrepienta de su galantería, conduzcan el metal á la próxima estación del ferrocarril. Y para terminar pronto, queriendo que se lo lleven todo de una vez, les preguntan: —¿Cuánto podéis cargar cada uno de vosotros?—Dos quintales,— responde el capataz de la brigada.

Ustedes echan sus cálculos, y se encuentran con que para llevar á cabo esta sencilla operación, necesitan la friolera de mil doscientos hombres.

Bueno: ya tenemos el oro en la estación. Ahora, ¿cuántos vagones de carga necesitarán para llevárselo á su pueblo? —«Mire usted—les dice

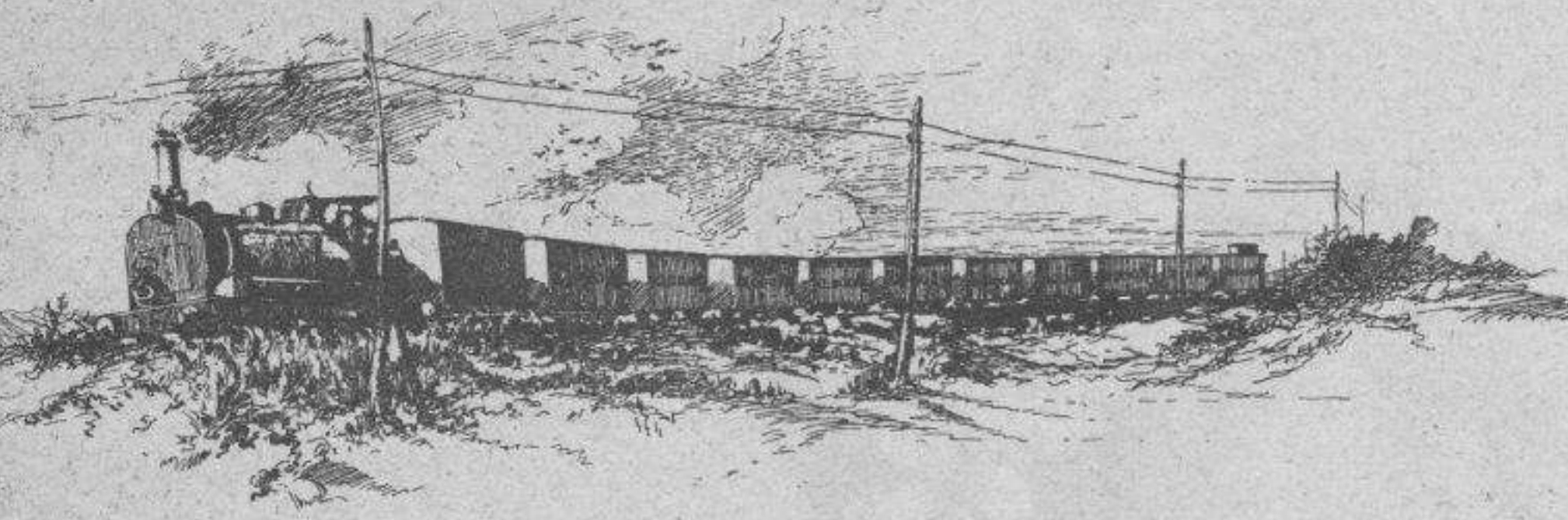


Fig. 1.<sup>a</sup>.—El tren de carga que se necesitaría para transportar el oro del Banco.

el factor—cada vagón sólo puede soportar diez mil kilogramos, carga máxima.»

Aquí se enfrasan en otro cálculo, y les resulta que su oro ocupará *once vagones* á diez mil kilos cada uno, más un pico de 392 kilos que, contando con la benevolencia del jefe del movimiento, podrá colocarse en el vagón de cola. (Figura 1.<sup>a</sup>)

Tras no pocas zozobras y fatigas, consiguen ustedes ver todo ese oro depositado en su casa. ¡Magnífico! ¿Qué hacemos ahora con él? Puede transformarse en cacerolas, sartenes, lo que se quiera; pero lo mejor será fundirlo y convertirlo en un cable de 35 milímetros de diámetro (poco menos que el de un duro) que ya es un diámetro respetable. Hecha la cuerda, sujetamos uno de sus extremos á la barquilla de un globo aerostático y, fijando el otro en el suelo, nos lanzamos atrevidamente á la inmensidad. Subamos, subamos, que hay cable para rato. Mil metros, dos mil, tres... ¡Más, más aun!... Cuatro, cinco, seis mil, *seis mil ochocientos cuarenticuatro metros*... ¡Basta! La cuerda está tirante: ni se puede subir más.

Esta diversión no nos entretiene lo suficiente y deseamos dar á nuestro oro una forma más aprovechable? Lo mandamos amonedar, convirtiéndole en relucientes piezas de cien pesetas. Realizada esta operación, colocamos las monedas una sobre otra, y, ¡hermoso monumento!, nos sale una columnita, delgada, eso sí, pero próximamente 22 veces más alta que la torre Eiffel (Figura 3.<sup>a</sup>) ó, expresado en otra forma, de una altura como la que resultaría si una legión de titanes pusiese el monte Etna sobre el más elevado de los picos de nuestra Sierra-Neveda. (Figura 2.<sup>a</sup>).

Ahora bien: si sólo con el oro que el Banco guarda en sus blindadas cuevas puede hacerse todo lo que acabamos de apuntar; habrá todavía quien dude de que aquí realmente hay oro?

Pues lo mejor, bromas aparte, es que además de éste y del que otros bancos y no pocos particulares poseen, en España, en su suelo, en sus entrañas, hay aun oro en estado nativo, que sólo espera una mano enérgica y hábil que quiera arrancarlo y darlo á luz.

Es decir, que aquí tenemos minas de oro.

De eso hablaremos en el próximo número.

GLENER

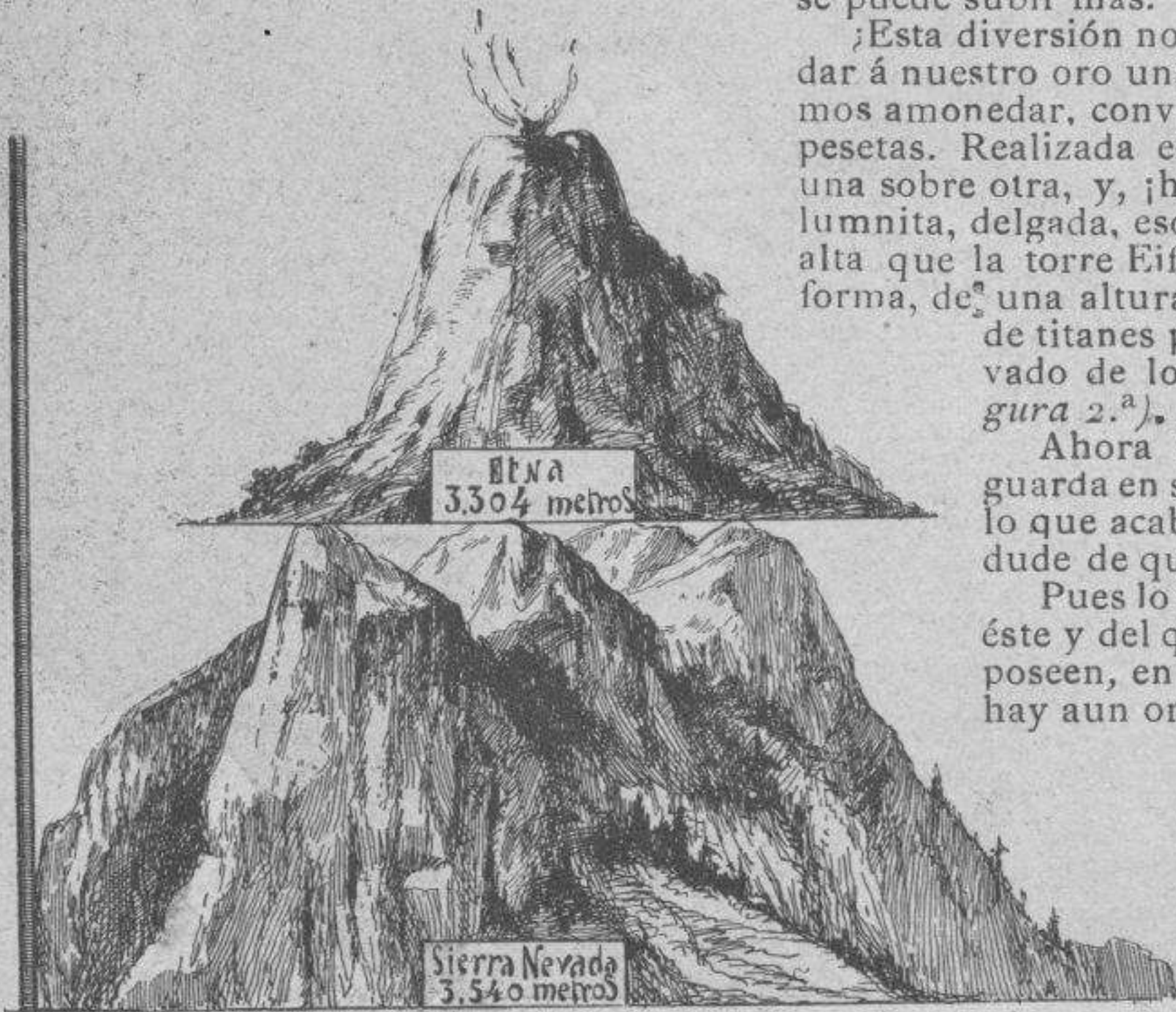


Fig. 2.<sup>a</sup>.—El oro del Banco comparado con la altura de dos de las montañas más altas de Europa.



Fig. 3.<sup>a</sup>.—El oro del Banco comparado con la torre Eiffel.







# Miscelánea

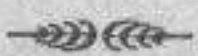
Una señora joven, muy hermosa, fué á confesarse. Regocijado el confesor de tener á los piés tan linda penitente, la hizo mil preguntas, y por último, quiso saber su nombre resueltamente. Pero la dama, para castigar su curiosidad, le dijo:

—Padre mío, mi nombre no es pecado.



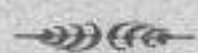
Fué á confesar un cesante,  
y el cura le preguntó  
si tenía bula.—Nó,—  
contestó aquél al instante.

—Pero aunque no tenga bula,  
no por eso iré al infierno,  
porque me evita el Gobierno  
los pecados de la gula.



La hija de un alcalde de Lisboa tuvo un descuido, y dejó abierta la puerta de la jaula donde tenía preso un canario, el cual, naturalmente, aprovechando la ocasión, fugóse.

La primera precaución que aquel ilustre alcalde tomó, fué mandar que se cerrasen inmediatamente las puertas de la ciudad, para que no se escapara el fugitivo.

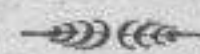


## Charada

¡Oh Valencia, *mi* Valencia  
como dice Eusebio Blasco,  
la ciudad de mis ensueños  
y alegrías de muchacho,  
la de las mozas garridas  
que viven sólo matando,  
con sus ojazos, más negros  
que cualquier mortal pecado,  
*mi tres una fantasía*  
te dedica hoy este *canto*.  
*Todo* me llamo y prometo  
que regalaré á *dos* Santo  
cuatro cirios, si en Valencia  
logra sujetarme el lazo  
conyugal, ó como llames,  
que me es igual para el caso.  
¡Madre mía, qué muchachas!  
las del Reino Valenciano.  
¡Son pequeñas de cuerpo  
y qué cuerpo, cielo santo!  
Yo no he visto otras mujeres  
con más gracia ni más *gancho*,  
con unos ojos... ¡qué ojos!  
con unos labios... ¡qué labios!  
¡Quién pudiera ser abeja  
y estar en ellos libando...!  
Ya sé que el lector dirá:  
—*Prima*, si no valen tanto.

Sin duda que el charadista será también valenciano.  
—No me gusta ser á *dos*  
embustero en ningún caso  
y juro por mi palabra  
y como *Todo* me llamo,  
que el lector que tal afirme  
por esta vez ha acertado,  
pero, jóvenes solteros  
atended este reclamo  
y no penséis que por él  
voy á hacer pagar un cuarto.  
¡Cada chica de *mi* tierra,  
vale lo menos por cuatro!

MORENO



## Triángulo

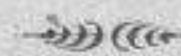
```

* * * * *
* * * *
* * *
* *
*

```

Reemplazar las estrellitas por letras, de forma que, vertical y horizontalmente, se obtenga: 1.<sup>a</sup> línea, substancia química; 2.<sup>a</sup>, espiral; 3.<sup>a</sup>, pendencia; 4.<sup>a</sup>, planta; 5.<sup>a</sup>, tiempo de verbo; y 6.<sup>a</sup>, vocal.

JESÚS GÓMEZ



## Marcha de Torre

(1) -He	(37) -te.	don-
á	-ro,	-riar-
-ni-	-le-	cor
¿Dón-	-de?	-Por-
-do	-do?	¿Có-
-qué?	¿Por	-mo?
re-	¿Cuán-	mal,
hos-	un	-te-
		-do
		-de,
		cuan-

Empieza en la casilla (1) y termina en la (37).

IGNACIO CANAS



Soluciones á lo insertado en el número 498.

CHARADA.—Zamora.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Noruega.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Pareja.

Correspondencia

por Clak

L. M. Y.—Usted rompe el fuego:

«Laralá, laralá, lá,  
¡qué hermoso día hace!  
la luz que cuajando se va  
en cambiantes se deshace  
laralá.»

¿Eso qué es, un castillo de fuegos artificiales?

Feld.—No me lo niegue; usted, además de escribir versos, lleva melenas. Se lo descubro en el blanco de los ojos, digo, en el aplomo con que nos tutea usted, y nos llama «compañeros» y «hermanos.»

A. H. R.—Puede, pero... digamos con el otro ¿á usted quién le presenta? sus obras nó.

E. G.—¿De modo que usted cree en la inmortalidad? Yo también... ¡chóquela! Lo que sí le digo es que se puede tener fe y no escribir sonetos de quince rayas.

T. V. L.—Dice usted: «Ya sé que no son ustedes imparciales, y que si no se presenta uno con más recomendaciones que las que se necesitan para saludar á un ministro, no hacen caso de lo que se les manda.»—Para que vea cómo está usted equivocado, le anticipo que me gustó mucho, que se publicará, y que ojalá Dios me encontrase siempre al abrir las cartas con escritos tan dignos de elogios, aunque la firma se me ofreciese enteramente ignorada, por ejemplo la que usted usa.—Lo que ocurre es, que raras veces puede uno estar seguro de que no le dan gato por liebre. En el caso de usted lo estoy, y no es corto mi regocijo.

Perujo.—¿Un artículo filosófico? Veamos.

«El hombre es un compuesto de dos sustancias la anímica y la corpulenta...»

Distingo: hay casos en que el hombre es un simple. ¡Contra, ó no habría usted escrito lo que copio!

T. Z.—¡Que sí, hombre! ¡y Dios le conserve á usted esa mano izquierda... puesto que es usted zurdo!

F. G.—¿Por qué no he de auxiliarle en su carrera? Soneto al canto:

«La lluvia era copiosa,  
el barrizal insuperable,  
el abismo de la sombra inmensurable,  
y no obstante ¡qué cosa!

por aquella llanura intransitable  
y además insondable,  
yo veía rastrear una babosa.»

Me congratulo dándole, si no la mano, el dedo. Estoy asombrado; jamás he visto una imaginación así: usted eclipsará las glorias de Víctor Hugo y todos los estros habidos y por haber; «y no obstante ¡qué cosa!» le perdono los tercetos, porque no me atrevo á mirar frente á frente «el abismo de la sombra *inmensurable*» de su talento. Es éste *insondable é intransitable*. Le felicito.

Pesing.—¡Camará, qué lagarto es usted!

Q. G.—Usted. «Yo no sé lo que será lo que le mando discreto y someto á su bondad para que emita conceto...»

Yo. Es una *barbaridad*.

G. E. L.—Nó señor, un triángulo no es un *óvalo*, ni un *óbolo*, aunque á usted le haga falta que lo sea para jugar el asonante. Usted además de no saber una palabra de poética, tampoco sabe lo más elemental de geometría.

H. F. R.—¿No puede usted arreglar la última quintilla? No es que esté mal, pero revela un mal gusto de que no da pruebas en el resto de la composición. No la corrijo yo, porque usted es de los que tienen talento para corregirse.

Estulto.—¡Vaya una manera de señalar... digo, de escoger pseudónimos!

G. A. de H.—Está usted equivocado. Ni tengo *barbas*, ni pelo blanco... ni siquiera pelos en la nariz. En cambio, y crea que lo siento, no puedo decir de usted que no tiene usted pelo de tonto.

R. F.—No he recibido «La canción»; sí que he recibido «Luz», «Fuego á la mecha» y «Orto». Publicaré lo que no he recibido, si es usted tan amable que *no* me lo vuelve á mandar.

Penitas.—A. N. G.—L. de C.—Tonto.—Manirroto.—S. M.—A. A.—H. J.—O. F. T.: Nó.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

• LA SAETA •

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

— TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.<sup>a</sup> —

Rambla del Centro, kiosco número 3

— PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN —

España y Portugal, semestre. . . . .	6 pesetas.
Año. . . . .	11 »
Extranjero y Ultramar, un año. . . . .	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.









# 'LA SAETA'



20 cénts.

Núm. 500



